

VI SEMANA TEOLÓGICA DE LA VIDA CONSAGRADA DE ECUADOR

HOMILÍA

(4 de diciembre de 2014)

AÑO DE LA VIDA CONSAGRADA

Queridas Hermanas/nos. Para esta Eucaristía hemos escogido las lecturas de la carta de San Pablo a los Filipenses (2, 5-11) y el Evangelio de San Lucas (14,15-24).

En la primera lectura quisiera subrayar dos afirmaciones, a mi modo de ver, son fundamentales para nuestra vida de consagrados/as. **La primera afirmación:** *“Tengan entre ustedes los sentimientos propios de Cristo Jesús”*: El sentimiento es el nivel más profundo de la persona. San Pablo exhorta a los Filipenses que tengan los mismos sentimientos de Cristo. Nos está diciendo a los religiosos y consagrados del Ecuador, a todos nosotros: tengan los sentimientos de Cristo Jesús; esto es, sientan, amen, actúen, vivan con los mismos sentimientos de Cristo. Nuestro nivel de vida debe llegar a tal nivel que reproduzcamos en nuestro actuar a Cristo Jesús en el siglo XXI.

La segunda afirmación: *“Toda lengua proclame: Jesucristo es Señor, para gloria de Dios Padre”*. Me parece que se refiere al testimonio que debemos dar, al sentido de nuestra misión, de nuestro apostolado. Cualquier apostolado concreto que realicemos en nuestra vida consagrada, en última instancia debe ser proclamar a Jesucristo y su Reino, la construcción de una sociedad más divina y más humana. Si damos este testimonio, estaremos dando gloria a Dios, nuestra vida será para dar gloria a Dios, para que los demás, al ver nuestro testimonio den gloria a Dios.

Según el calendario litúrgico estamos en la primera semana del Tiempo de Adviento. Querría referirme a las lecturas de este día y al tema del año de la Vida Consagrada.

Como muy bien sabemos, la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica publicó la carta “Alegraos” como preparación del año 2015, año dedicado íntegramente a la Vida Consagrada. El año de la Vida Consagrada se inició el día 30 de noviembre de 2014 (I Domingo de Adviento) y se clausurará el 2 de febrero de 2016 con la jornada de la Vida Consagrada. El Santo Padre nos invita a renovar nuestra fidelidad al Evangelio, a revisar el don de la profecía y a fortalecernos en la esperanza para vivir en el hoy de la humanidad, nos

dice puntualmente: *“Quería decirnos una palabra, y la palabra era alegría. Siempre, donde están los consagrados, siempre hay alegría”*.

La carta tiene tres grandes capítulos: I. Alegraos, regocijaos, llenaos de alegría, II. Consolad, consolad a mi pueblo, y III. Para la reflexión: preguntas del Papa Francisco, Salve, Madre de la Iglesia.

Quisiera referirme a la primera parte: Alégrense, regocíjense, llénense de alegría. Esta parte contiene a su vez 5 subtítulos: A la escucha, Ésta es la belleza, Al llamarles, Encontrados, Alcanzados, transformados en la alegría del sí fiel.

A mi modo de ver este capítulo presenta la historia vocacional de un consagrado/da, la historia de uno de nosotros. Si verdaderamente hemos sido llamados por el Señor y respondemos con generosidad a su llamada, no podemos sino estar alegres, regocijados, llenos de alegría.

El punto de partida de toda llamada es la **escucha**. Toda llamada supone escuchar la invitación del Señor. Es lo que decimos: estar atentos para escuchar la llamada del Señor. Los Promotores vocacionales son especialistas en acompañar a los jóvenes inquietos vocacionalmente. Pero el escuchar en este mundo cargado de múltiples llamadas no es fácil. La llamada del Señor puede ser silenciada por las múltiples llamadas del mundo al joven de hoy. Nuestros jóvenes están llamados a buscar el poder, placer, tener, a brillar en todos los ámbitos, ser estrellas, disfrutar de la vida, seguir el grito de la moda. La llamada del Señor, su invitación, puede ser imperceptible. El joven de hoy necesita escuchar, hacer silencio interior para conocerle al Señor, para escuchar su invitación, para descubrir el gran tesoro de su vida: estar con el Señor. Aquí aparece la necesidad de aprender a escuchar, hacer silencio para escuchar la invitación, hacer silencio para distinguir las llamadas.

Ésta es la belleza. El verdadero valor de la vida es aprender a escuchar, distinguir entre los diversos llamados. La verdadera belleza es aprender a discernir, distinguir, ser dueño de uno mismo. San Ignacio de Loyola, el especialista en el discernimiento, formula así el título de las reglas de discernimiento de la primera Semana: “Reglas para sentir y conocer las varias mociones que se producen en el alma, las buenas para aceptarlas y las malas para rechazarlas”.

Cuando San Ignacio habla de **reglas** se refiere a algo que siempre se da, algo que no me invento yo sino que está presente en mi vida. Reglas para: tienen una finalidad específica: **sentir y conocer**. Sentir y conocer son dos palabras que tienen un significado preciso. Sentir es caer en la cuenta, es leer lo que está pasando en mi interior. En mi interior se dan **movimientos, esto es, mociones**, y yo debo caer en la cuenta que en mi interior hay movimientos. Estos movimientos deben ser conocidos y reconocidos, debo caer en la cuenta que unos movimientos me producen

alegría, paz, fuerza, entusiasmo; otros me producen tristeza, intranquilidad, rabia; unos movimientos me invita a hacer el bien, a unirnos más a Dios, a hacer el bien a los demás; otros me invitan a gozar de la vida, a hacer el daño a los demás, a buscar mi bienestar a cualquier precio.

La invitación concreta de San Ignacio es que yo aprenda a distinguir unos de otros, que conozca si nos son producidos por el buen espíritu, por Dios, y otros son producidos por el mal espíritu, por las atracciones del mundo. En el momento en que soy capaz de distinguirlos podré tomar una determinación: **acogerlos o rechazarlos**. Obviamente, debemos acoger las mociones producidas por el buen espíritu y rechazar aquellas que son producidas por el mal espíritu.

“Al llamaros”. Todos somos llamados, todos somos invitados. El fruto del discernimiento será conocer el llamado del Señor. A la vocación universal – la vida – se suma la vocación a la vida de la Iglesia por medio del bautismo, y a todo esto se suma la vocación a la Vida Consagrada. Es una vocación específica, concreta, en una familia religiosa, en un carisma particular. Esta llamada es un regalo muy especial del Señor para seguirle más de cerca, para ayudarle en su misión eclesial.

La llamada es el regalo más grande que el Señor nos puede dar, es regalarnos el sentido pleno de la vida, es hacernos sus compañeros, sus hermanos, sus panas, sus discípulos, sus apóstoles, sus misioneros, sus íntimos, sus confidentes.

Toda llamada implica una realidad muy concreta, una historia de infidelidades y de fidelidad, unas cualidades y unos defectos. Somos **encontrados**, no por nuestra iniciativa sino porque así le ha parecido bien al Señor. Estuvimos tranquilos siguiendo nuestro camino y se hizo presente el Señor, vino a nuestro encuentro, nos encontró, se hizo el encontradizo. Dice un canto: “Señor, me has mirado a los ojos, sonriendo has dicho mi nombre”. El Señor vino a buscarnos.

Hemos sido **alcanzados**. El Señor vino tras de nosotros hasta alcanzarnos. Cada uno de nosotros estuvimos siguiendo nuestro camino y el Señor se puso a seguir nuestros pasos hasta alcanzarnos. Podemos decir que el Señor se puso a seguir nuestros pasos, vino a ponerse detrás de nosotros. El proceso debería ser diverso, nosotros deberíamos seguir los pasos del Señor y se le ocurre seguir nuestras huellas. Se trata de un misterio divino, el Señor siguió mis pasos equivocados, mediocres, perdidos; el Señor se puso a mi lado para caminar conmigo, para caminar codo a codo, para acompañarme, para conversar, para avanzar.

Transformados. El resultado del ser encontrados y alcanzados es que nos impacta la figura del Señor, nos desafía a encontrarle y alcanzarle. Nos impresiona de tal manera que tenemos la fuerza del cambio total, de

la conversión, somos invitados a ser como Él, ser otros Cristos, sí efectivamente, ser otros Cristos. Ésta es la maravilla de la vocación, somos invitados a ser como Jesús. Diríamos en palabras más cercanas y entendibles, somos llamados a tener los mismos sentimientos de Cristo.

Este proceso nos lleva a mejorar nuestra forma de ser, nos lleva a asimilar, a imitar, a asumir la forma de Cristo.

El famoso P. Arrupe, General de la Compañía del 22 de mayo de 1965 hasta el 3 de septiembre de 1983 tiene un famoso escrito denominado "Invocación a Jesucristo modelo". En síntesis, dice lo siguiente: Señor: meditando el modo nuestro de proceder, he descubierto que el ideal de nuestro modo de proceder es el modo de proceder tuyo.

Dame, sobre todo, el "sensus Christi" que Pablo poseía; que yo pueda sentir tus sentimientos, los sentimientos de tu Corazón con que amabas al Padre y a los hombres. Enséñame tu modo de tratar con los discípulos, con los pecadores, con los niños, con los

fariseos, o con Pilatos y Herodes; también con Juan Bautista aún antes de nacer, y después en el Jordán. Como trataste con tus discípulos, sobre todo con los más íntimos: Pedro y Juan, y también con el traidor Judas. Comunícame la delicadeza con que trataste en el lago de Tiberíades a tus amigos preparándoles de comer, o cuando les lavaste los pies.

Mis queridas Hermanas y hermanos. Creo que el Señor nos está invitando en esta semana teológica, en este día, a proceder como Jesús, nos está invitando a tener sus mismos sentimientos, a amar como él, a tratar como él. Si vivimos así, no podemos sino ser plenamente felices, plenamente alegres. Que el Señor Jesús y nuestra Madre Santísima nos concedan esta gracia.

Que así sea.

P. Gilberto Freire, S.J.
Provincial de la Compañía de Jesús